

Desde el final del siglo XIX, existe una fuerte tradición de estudios de paisajes en Europa y Estados Unidos; el concepto fue utilizado en la geografía para explicar la diversidad de las organizaciones territoriales, mediante la relación entre medioambiente y sociedad. En los años ochenta, después de una época de dominio de los enfoques macroeconómicos y sociológicos, se consideró que el concepto de cultura permitía aportar más elementos para la comprensión de la organización del espacio, y se produjo un giro en los estudios geográficos.¹ Con el nuevo enfoque cultural, los estudios de paisajes retomaron fuerza y actualidad, al considerar la apreciación y la valoración que los hombres y las sociedades dan a su entorno, de manera individual o colectiva.

En México, sin embargo, si existe cierta diversidad de trabajos sobre pai-

sajes, faltan otros que “profundicen teórica e historiográficamente las concepciones y demarquen las especificidades mexicanas”, como lo destaca Martín Checa en el último capítulo de este libro, titulado “Oportunidades y carencias para una cultura del paisaje en México. Algunas notas”. El autor atribuye esta escasez a la carencia de una cultura del paisaje, debida a varias causas: la poca participación del concepto de paisaje en la construcción de la idea de nación en el siglo XIX, la no consideración de las concepciones prehispánicas sobre el paisaje, la ausencia de legislación y normas para su protección en el país y la ambivalencia que existe sobre el concepto. Esta carencia de cultura paisajística, que se refleja tanto en la academia como en las prácticas, explicaría de alguna manera la poca atención prestada a la protección de un valioso patrimonio paisajístico, herencia de siglos de historia, y la desaparición reiterada “de elementos del paisaje que remiten a la identidad y a la memoria” (Sunyer Martín, p. 11).

Estas consideraciones evidencian la necesidad de una reflexión académica interdisciplinaria y multicultural sobre los paisajes. La cual se justifica más todavía si se contempla el contexto mundial, en el cual el paisaje cultural es objeto de cada vez más normas,

* Martín M. Checa Artasu, Armando García Chiang, Paula Soto Villagran y Pere Sunyer Martín (eds.), *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*, col. Crónica, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Tirant Humanidades, 2014, 408 pp.

¹ Federico Fernández Christlieb, “Geografía Cultural”, en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dirs.), *Tratado de Geografía Humana*, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Barcelona/México, 2006, pp 220-253, p. 228.

reglamentos y medidas de protección y el centro de múltiples reuniones y debates. Es muy importante entonces que la academia mexicana tenga una participación en este debate, objetivo cumplido, en mi opinión, con el presente libro.

Es importante señalar que si esta reseña se concentra en el concepto de paisaje, a pesar de que el título del libro sea *Paisaje y territorio*, es porque consideramos que el libro está realmente dedicado a estudiar los paisajes, mediante la triada paisaje, territorio y sociedad, que nos expone Pere Sunyer en la "Introducción". Según él, "las huellas del actuar humano en el territorio se revelan en el paisaje". De la misma manera, el geógrafo español Eduardo Martínez de Pisón explica que "el paisaje aparece como unidad de integración entre el territorio y su imagen. La mirada del hombre puede volver paisaje lo que naturalmente o artificialmente era sólo territorio. El paisaje es un territorio interpretado culturalmente".² Las características visuales propias del paisaje y los múltiples enfoques y acercamientos que permite este concepto son los que guían y rigen la obra.

Este libro resulta ser una iniciativa nueva en México y se puede considerar que se suma a las oportunidades

recientes para el desarrollo de los estudios de paisajes en el país, por ejemplo, los trabajos destacables que se hicieron recientemente sobre la arquitectura del paisaje. Puede permitir también motivar más la inserción de lo comunitario en proyectos de ordenamiento territorial y la actividad de movimientos ciudadanos en la protección de sus paisajes, todas iniciativas recientes y destacables que señala Martín Checa en el capítulo ya citado.

Nacida por iniciativa de investigadores de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa interesados en el tema, la obra es el resultado del esfuerzo conjunto de 18 académicos, geógrafos y otros especialistas en ciencias sociales, interesados y usuarios del concepto. Está conformada por 14 capítulos, que incluyen tanto una reflexión teórica sobre el concepto, como trabajos efectuados desde varias disciplinas y enfoques sobre paisajes de distintas partes del mundo y de México. Representa, por lo tanto, un aporte sustancial para los estudios del paisaje, más aún por la riqueza y la diversidad de los enfoques utilizados.

Un elemento importante, y que puede parecer redundante para un libro de geografía, es su gran diversidad geográfica. Desde los tiempos de Alejandro de Humboldt, la geografía está relacionada con el conocimiento de otros territorios mediante los viajes y exploraciones, aspecto que a veces no aparece en los trabajos actuales de

² Eduardo Martínez de Pisón, "Los paisajes de los geógrafos", *Geographicalia*, 2009, núm. 55, pp. 5-25.

geografía. Ahora bien, la lectura de este libro permite un acercamiento y un mejor conocimiento de espacios y territorios cuya diversidad y contraste llaman la atención. Conforme vamos leyendo, pasamos de un continente a otro, de Chile y la Pampa argentina a China, atravesando los paisajes polares del Ártico y de la Antártida; luego nos adentramos en los paisajes imaginarios de la obra literaria *El Señor de los anillos* de Tolkien, en las pinturas europeas de los siglos XIX y XX, para finalmente regresar a espacios más familiares y cercanos, como los paisajes agaveros del occidente de México, distintos monumentos históricos y sitios arqueológicos del país (la fortaleza de San Juan de Ulúa, Tzintzuntzan y la Plaza Mayor) o el pueblo huertero de Atotonilco el Alto en el estado de Jalisco.

Esta gran diversidad se debe a la colaboración de geógrafos y otros especialistas del paisaje de distintas nacionalidades (españoles, chilenos, argentinos y mexicanos) que trabajan sobre paisajes de varios continentes y países, desde México —como Maite González Linaje, investigadora de la Universidad Veracruzana, especialista de los procesos interculturales entre China y Europa—, o en los países estudiados como, por ejemplo, Perla Zusman, reconocida geógrafa argentina. Las temporalidades son distintas también: si Maite González se refiere a la China antigua y a la sensibilidad paisajística que tiene más de dos milenios

de antigüedad —o más— en aquel país, otros trabajos como los de Martín Checa y Perla Zusman se refieren a la percepción que tuvieron de los paisajes los literatos y los exploradores del siglo XIX. Otros trabajos tienen también un trasfondo histórico, que ayuda a situar y explicar los paisajes actuales que están al centro del estudio, como el texto que trata de la recuperación y valoración de sitios emblemáticos de México (que presenta los resultados de los arquitectos Saúl Alcántara y Salvador Aceves) y el que estudia la colonia Bosque Belén de las Flores en la Ciudad de México (de la autoría de Luis Llanos y Martha Elena Bañuelos).

El libro ilustra también la gran diversidad de estudios que se puede realizar mediante el concepto de paisaje y la riqueza inmensa de esta noción polisémica. Los trabajos que se presentan abordan paisajes extremos, paisajes sublimes, paisajes imaginados, paisajes de la vulnerabilidad, paisajes estéticos, paisajes performativos, entre otros. Son estudios que se realizan desde las artes plásticas, la literatura, la sociología, la antropología, la geografía, la arquitectura. Estos múltiples enfoques y abordajes permiten estudiar los espacios físicos, los espacios socialmente construidos, las representaciones del espacio, los espacios interpretados, vividos, pintados, entre otros.

Algunos trabajos permiten aportar un conocimiento preciso sobre espacios concretos, mediante las relaciones entre

paisaje, territorio y sociedad, como en el caso muy interesante del texto “Un paisaje que no es bien visto. El pueblo huertero de Atotonilco El Alto”, en el cual José de Jesús Hernández explica cómo se construyó el paisaje de Atotonilco como patrimonio cultural y cuáles son los efectos de la patrimonialización y de la conversión del paisaje en lugar turístico. El autor realiza un análisis del paisaje mediante la identificación de varias unidades con cierta congruencia interna y de las relaciones que existen entre ellas, y da explicaciones precisas sobre la construcción y el funcionamiento de este territorio huertero. Todo este análisis permite definir que el paisaje calificado de “mal visto” por el autor es el paisaje productivo, que ha perdido valor frente al paisaje protegido por sus cualidades estéticas. El autor señala, sin embargo, que la patrimonialización y las actividades turísticas consecuentes benefician a pocos actores territoriales y que la revalorización de los paisajes productivos podría ser una vía de desarrollo mucho más efectiva.

En otro capítulo titulado “Paisajes polares: reflexiones en torno a lo extremo”, Martín Checa plantea lo válido que es considerar los paisajes extremos de los polos como paisajes culturales, a pesar de su aparente uniformidad y aislamiento. El autor aporta una suma de apreciaciones y conocimientos nuevos sobre estos espacios, poco abordados en la academia.

Otros trabajos pueden tener una aplicación y un impacto directo sobre el territorio de estudio. En el caso del capítulo de Luis Felipe Cabrales, “Paisaje agavero de Tequila”, el autor se refiere a la patrimonialización del paisaje y a sus efectos, en especial la terciarización del territorio debida a la creación de empresas turísticas y culturales, que marca la aparición de un territorio que pasa de ser rural a ser multifuncional. El autor explica también las causas de los problemas de ordenamiento territorial vinculados a esta patrimonialización, poniendo en evidencia la poca eficiencia del Plan de Manejo del Paisaje Agavero vigente. El análisis de los problemas y las propuestas del investigador constituyen un primer paso para la aportación de soluciones: se debería tomar en cuenta para la toma de decisiones y para el mejoramiento de las normas de ordenamiento territorial.

El capítulo “Dimensiones sociales, culturales y paisajísticas del desastre. El terremoto del 27 de febrero 2010 en Chile”, de Paula Soto y Nicolás Gissi, es el resultado de una reflexión sobre las relaciones sociales y políticas de los afectados por el terremoto, que podría ayudar al proceso de reconstrucción y rescate. En este sentido, el análisis de los paisajes de la vulnerabilidad propuesto por los autores podría tener, como el capítulo anteriormente citado, un impacto sobre el territorio.

No hay que olvidar la contribución a la reflexión conceptual sobre el paisaje que constituyen los tres primeros capítulos del libro, todos desde la geografía, pero cada uno desde una perspectiva distinta: histórica en el caso de Nicolás Ortega, con su texto “El paisaje en la geografía moderna”; de ordenamiento territorial por parte de Rafael Mata que se centra en las experiencias de gestión del paisaje a distintas escalas, y desde la geográfica física y los paisajes naturales en el caso de Arturo García. El texto de Rafael Mata nos pareció especialmente completo e integrador, ya que el autor se refiere ampliamente a la evolución de la definición del concepto en la geografía, y posteriormente explica cómo este concepto se debería integrar a los instrumentos de ordenación territorial y urbanística para una mejor eficiencia. Las preocupaciones conceptuales, empíricas y metodológicas del autor se van completando e integrando, conformando un texto de especial riqueza.

Es importante resaltar también la originalidad de los trabajos que estudian el tema en las artes y la literatura: la descripción de los paisajes imaginados de la novela de Tolkien; la experiencia del paisaje en la China antigua mediante la contemplación y la espiritualidad; la representación en las obras pictóricas del paisaje y de las emociones que provoca en los sucesivos movimientos artísticos.

Finalmente, me parece importante mencionar que en un libro sobre pai-

sajes, habría sido importante integrar más imágenes, fotografías, representaciones de obras, mapas, croquis, etc., para ilustrar los temas tratados, ya que se prestan mucho a la ilustración. Si varios de los autores completaron sus textos con los documentos adecuados, en otros casos se extraña su ausencia.

Por otra parte, habría sido interesante la participación de historiadores a esta obra colectiva, ya que su acercamiento al paisaje, resultado de una evolución histórica y de sucesivos cambios, es muy significativa y habría sido complementaria de los otros enfoques.

Finalmente, son pocos los autores que abordan los aspectos metodológicos de análisis del paisaje. Sabiendo que está en proceso una segunda obra de los mismos editores, enfocada a las distintas metodologías existentes de lectura y análisis del paisaje, considero que se trata de una continuidad lógica sobre el tema, que permitirá dar herramientas nuevas a los estudiosos del paisaje para realizar sus investigaciones.

Es de desear, por lo tanto, que el presente libro y el que está en proceso constituyan el inicio de una larga serie de obras sobre el tema de los paisajes, muy útiles para enriquecer el debate geográfico a nivel nacional e internacional.

Virginie Thiébaud
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana